

El camino ya trazado

Las hermanas Borscht

FRANCESCA MORENO POSSIN
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2017, 118 pp.

YA DESDE los epígrafes y la primera página pueden ser evidentes dos preocupaciones fundamentales de *Las hermanas Borscht*, novela de Francesca Moreno Possin (editada en la colección Ópera Prima Narrativa, de la editorial de la Universidad Nacional de Colombia). El primer epígrafe es de Albert Camus: “Hay solamente un problema filosófico verdaderamente serio: es el suicidio”; por su lado, la primera palabra del capítulo inicial es “naci”, y más adelante la narradora sigue: “Dicen que las mamás paren a sus hijos, pero no es exactamente así; el llamado surgió de adentro. Sentí urgencia de moverme y debía salir” (p. 8). De esa forma, la novela sienta sus límites y traza un mapa de sus caminos: la vida y la muerte voluntarias. La vida a la que se llega activamente y la muerte a la que se va con igual convicción o necesidad.

La protagonista, Frankie Borscht, narra su historia desde su nacimiento y la vida *junto a* (también *frente a* y *en contra de*) su hermana, Blume Borscht. Particularmente, narra la búsqueda personal que le suscita la experiencia de ser la hermana de su hermana, tan diametralmente opuesta a ella. La tensión entre las dos es lo que da inicio a un viaje tanto interior como exterior, hacia adentro y hasta Israel, tanto al pasado como al posible futuro, para encontrar “el sentido de su vida”. La razón de su nombre, el pasado familiar, los orígenes judíos, el idioma, incluso la comida, son todos temas de indagación que Frankie explorará, empujada por la forma en que es interpelada por la presencia de su hermana mayor.

Se trata de lo que podría llamarse problemas “existenciales”. No pretendo con esto situar la novela en una discusión más grande que la planteada por ella misma, no porque no responda de alguna forma a esa discusión, sino porque no es este el espacio para hacerlo. Y al mismo tiempo, porque considero que no sal-

dría nada valioso de ese intercambio. Usaré, si se me permite, el término “existencial” en su significado más común: aquello que se pregunta por el ser (específicamente el humano), su origen, lugar y dirección (o sobre la posibilidad de cada uno de los términos de esta lista). Esa es la búsqueda en torno a la cual gira la novela, búsqueda que comienza por plantear una serie de preguntas que, poco a poco, Frankie irá intentando responder, como las siguientes:

¿Por qué yo soy yo, y no soy tú?
[...] ¿Qué significa que haya nacido hoy, aquí, y no allá, ayer? [...] ¿Por qué mi mano tiene cinco dedos y por qué no sirve para parar el tiempo? Si estar en el mundo es tener un lugar, ¿cuál es mi lugar? (p. 10)

Lo anterior genera que la novela esté guiada por la reflexión. Cada episodio de narración entra al papel como llamado para que ayude a responder una pregunta. Como plantea la misma Frankie, las respuestas que busca no las puede encontrar en los libros, las quería “¡como un rayo! Quería algo determinante que viniera de la experiencia” (p. 20). Sin embargo, la reflexión termina imponiéndose, y la narración queda relegada a una especie de segundo plano utilitario, en el que lo más importante es darle argumentos a una serie de ideas que se van formando desde el principio.

Los personajes son un gran ejemplo de este mecanismo estructural. Desde las primeras páginas, las dos hermanas son presentadas como dos polos opuestos. A medida que la reflexión se desenvuelve, cada una comienza a tomar la apariencia de encarnación de un argumento. Su caracterización se va plegando a las ideas que deben apoyar y terminan por funcionar como estereotipos que existen antes de la narración misma. Los padres, que por otro lado poco aportan al desarrollo de las ideas, pueden ser los personajes más interesantes por su menor tipificación. Sin embargo, de ellos no se dice gran cosa, relegados a ser *necesarios* en la historia de dos hermanas. Es por eso que el antagonismo de las protagonistas termina siendo un lugar común casi caricaturesco: Frankie es optimista, intuitiva y amante de la serendipia, mientras

que Blume es una “gótica” pesimista, profundamente racionalista (y hasta tiene una gata). La misma tensión que existe entre ellas es la predeterminada entre dos supuestos opuestos. Es el estereotipo de la contradicción, del enfrentamiento con “lo diferente”. Una tensión prefabricada y casi que creada en el lugar común para evitar indagar en tensiones matizadas, en las que no es tan fácil distinguir a primera vista y con tanta determinación en dónde termina una parte y comienza la otra. De esta tensión solo puede salir una respuesta igualmente hecha: “[...] el sentido de la vida es buscarle sentido”, “el misterio de la vida es que cada quien le da sentido a su manera”.

De la misma forma, el estilo parece estar hecho de retazos de una lengua prefabricada:

La armonía de la vida no se crea al imitar las poses fijas de los modelos o de la gente exitosa que sale en las revistas; son los pequeños gestos de la cotidianidad los que la generan, aquellos en los que se es fiel a uno mismo. (p. 80)

En frases como esta, constantes en toda la novela, es difícil dejar de notar la presencia de una lengua fijada, prestada de otro lado. A esto se suma un uso casi que arbitrario de las palabras compuestas separadas por un guion: conceptos como “no-vida”, “niña-adulto”, “cuerpo-útero” o “frases-cacto”. La reflexión, centro de la novela, desaparece cuando se trata del estilo. La novela no está hecha en una lengua propia, necesaria para ella, creada en ella y por ella. Es, en cambio, una lengua segura porque viene de antes y entra sin cuestionamiento, sin fricción. Su capacidad expresiva, sin embargo, es cuestionable precisamente por eso mismo.

De forma muy parecida aparecen los intertextos: Picasso, Rammstein, *La historia sin fin*, Bonnie Tyler y Walter Benjamin, entre otros. Aunque de formas variadas, sus apariciones parecen estar allí igualmente con una función dispuesta de antemano, función que deben llevar a cabo sin mayor desviación, sin la posibilidad de ser un punto de fuga desde el cual entran otros sentidos posibles a la lectura. Como la lengua, los intertextos parecen insertados, traídos de otro lado con

pinzas para cumplir un papel y luego ser expulsados del escenario cuando acabaron sus líneas.

Las hermanas Borscht parece tener muy claro lo que quiere plantear. Es una novela, por decirlo de alguna forma, decidida de antemano. Y con esto quiero decir que es una novela que se presenta como planeada y ejecutada para cumplir una función particular, función que ella misma expresa y va construyendo capítulo a capítulo, sin salirse de sus propios márgenes. La posibilidad de la ambivalencia, la multiplicidad del sentido en la que reside el espejismo del arte, no es una opción para los personajes, así como tampoco lo es para la lengua ni para los intertextos. ¿Qué papel puede reclamar, entonces, quien la lee? El único papel posible parece ser el de asistente pasivo a un monólogo que sabe, apenas comienza, cómo va a terminar.

Jose Castellanos